

LOS SILENCIOS
DE ELOÍNA

Ignacio Morán

LOS SILENCIOS
DE ELOÍNA

ÁLTERA
EDICIONES

Primera edición: julio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ignacio Morán

ISBN: 978-84-129990-8-2

ISBN digital: 978-84-129990-9-9

Depósito legal: M-17378-2026

Ediciones Áltera

C/Luis Vives 9

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A las mujeres y los hombres que,
contra viento y marea,
defienden las cosas de todos en esa España
abandonada y casi vacía de personas.*

Donde habite el olvido,
en los vastos jardines sin aurora;
donde yo solo sea
memoria de una piedra sepultada entre ortigas
sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

Allá, allá lejos;
donde habite el olvido.

LUIS CERNUDA

NOTA DEL AUTOR

Todos los personajes que aparecen en esta novela son, exclusivamente, fruto de mi imaginación. En nada pueden relacionarse con personas reales. Por el contrario, la cotidianeidad y las situaciones en las que se mueven por este libro, entran dentro de la más cruda realidad de nuestro tiempo.

PRÓLOGO

LA ESPAÑA LLENA

Afronto el prólogo de esta obra magnífica desde una perspectiva privilegiada; soy uno de los retornados de la gran ciudad al campo. Desde este lugar de la Mancha en el que León Felipe volvió a ver caminar a un Alonso Quijano derrotado y ocioso, escribo estas notas que hablan de espacios tan llenos como el alma de quienes lo pueblan.

Algunos denominan «España vaciada» a lugares tan repletos como el que habito. Seguramente esta expresión infausta la pronunció por primera vez un habitante de la España saturada, apretujada y agobiante, que vive en el vagón de un metro repleto o hace cola en cualquier lugar a cualquier hora. Este poblador de la España atascada no tenía ni idea de lo que decía cuando promulgó semejante aserto. Para él, la España de los pueblos pequeños, no es más que la materia oscura que ve desde las ventanillas del AVE cuando retorna a su carísimo termitero.

Otros hablan de la «gentrificación», otro palabro que ha llegado para quedarse mucho tiempo entre nosotros. Mal traducido significa lo inverso: la huida hacia la periferia pueblerina de los habitantes con menos posibles de ciudades imposibles.

Y en esto llega Ignacio y nos muestra otro mundo, y llega Eloína describiendo cómo viven en una España llena: de vida,

de muerte, de misterio, de pájaros, de riachuelos, de ideales, de viejos, de paseos por senderos, de tradiciones, de casas baratas con patio y tejas, de bicicletas, de bancos despintados. De lugares donde se ha roto la ecuación espacio-tiempo de una maldita vez; sitios donde uno puede volver a enamorarse de lo que quiera.

Morán es el cronista de la supervivencia, relator de las vidas insignificantes llenas de significado, alegoría de aquellas que se dispersan por este país tan difícil y tan imprescindible. En *Madera vieja* pudimos ver su visión de la España que luchó para sobrevivir a la inmundicia de la guerra. Aquí a los supervivientes de la huida a las ciudades, que dejó buena parte de la piel de toro desnuda, despoblada y olvidada al cabo de una existencia donde el llanto de un niño ya no tiene lugar. Una historia reciente sin grandes episodios: vidas pequeñas en una épica cotidiana de superación, la intrahistoria unamuniana que ha hecho de este un gran país, a pesar de nosotros mismos.

Es esta una historia en la que la revolución va por dentro; un relato íntimo tras los visillos del tiempo y un devenir distinto en el espacio:

En apenas unas horas, bajamos de las agrestes laderas que señorea el monte Teleno a las fértiles vegas de La Bañeza y casi sin darme cuenta nos encontramos cruzando el caudaloso río Órbigo por el viejo puente de Cebrones, como quien dice, a un tiro de piedra de la llanura infinita que constituye el inmenso páramo leonés.

Solo una prosa rotunda, precisa y comprometida como la de Ignacio Morán, nos podría hacer un regalo así. Solo quien

conoce aquellas latitudes, a años luz de los apretujados urbanitas de lo cursi, puede ofrecernos un relato descriptivo tan generoso y durable.

LUIS C. FOLGADO DE TORRES
Escritor y editor

PALABRAS LIMINARES

Los silencios de Eloína es una novela que aborda el drama de la despoblación rural. No pretende ser un simple lamento sobre algo inevitable, al contrario, denuncia la irresponsabilidad de las instituciones, de la iglesia y, por qué no decirlo, de una gran parte la intelectualidad urbanita de este país. Unas consideraciones que, a mi entender, son ampliamente compartidas por la sociedad de hoy.

El texto se concibe con dos protagonistas poderosos y una narradora que van desgranando, desde lo cercano, muchas de las cosas que han sucedido y aún siguen sucediendo en algunos lugares de la España rural. Un territorio inmenso con índices de población más propios de zonas desérticas, que de regiones bien comunicadas e integrantes de un país desarrollado como el nuestro. Unos espacios a los que, de una u otra forma, tendremos que volver a mirar.

Por un lado, Teófilo Ramírez, un personaje de época que alza sus reflexiones desde la soledad de las calles, caminos y campos yermos de su pueblo natal apoyándose en su propia hija, una profesora universitaria que salió de esa ruina para labrarse una vida exitosa en el bullicio y la algarabía la ciudad: Son la raíz y la rama verdecida del pueblo y de la ciudad.

Por otro, la mujer que da nombre y verdad a este relato. Eloína Cordero es, a la vez, el compromiso y el silencio ac-

tivo interiorizado por las mujeres en una tierra donde la última decisión siempre la tuvieron los hombres: La cruz de una discriminación que, de toda la vida, lastró el desarrollo rural.

La pareja que forman Teo y Eloína podría definirse hoy como una formidable relación de resiliencia, de adaptación a la permanente tensión que provocan las situaciones adversas de su entorno vital. Les mantiene un vínculo amoroso que se basa en el respeto, la lealtad, la confianza, los esfuerzos compartidos y una admirable dignidad como pareja.

Los silencios de Eloína es un relato extraordinariamente sugerente que va trayendo a la trama narrativa, con agilidad y rigor, las vicisitudes de la sociedad rural. Una sociedad que fue dejando atrás las carencias de un atraso secular, pero siempre enfrentada a todo tipo de arbitrariedades, abusos y atropellos, cuyas consecuencias amenazan una identidad en riesgo de ser devorada por la «modernidad». Ante la evidencia de continuas pérdidas, Teófilo Ramírez despliega una actitud beligerante; por el contrario, la rebeldía interior de Eloína Cordero solo puede adivinarse en un pragmatismo que se orienta, mayormente, a poner a salvo a su familia.

Hoy se discute mucho sobre los efectos políticos y económicos de la despoblación y el abandono de los campos, pero pocas veces se centran los debates en el sufrimiento de las personas y en las causas que nos trajeron hasta aquí. Quizás porque resulte más fácil y menos comprometido concluir estos seminarios, convocados *ad hoc*, anotando conclusiones y soluciones mágicas que pudieran ayudar a resolver la situación. Sin embargo, la experiencia nos dice que tal cosa, al menos de forma aislada, no es posible. La sucesión de pérdidas y ausencias que ha ido desgarrando la sociedad rural va más allá

de lo puramente material, y no tiene un retorno fácil, desde luego no para nuestra generación.

Por suerte, los comportamientos y la realidad de los pueblos han cambiado mucho en poco tiempo, pero la herida sigue sangrando en quienes se sienten en deuda con esa ruralidad o interpelados, de algún modo, por la necesidad de preservar aquello que nos legaron para que fuésemos custodios. También, es evidente que las «dolencias» del mundo rural son algo tan profundo y transversal que lleva a particulares, colectivos y profesionales entusiastas a quedar enredados en debates bizantinos entre los valores del pasado y la modernidad, de los que emerge inevitablemente ese economicismo tramposo que condiciona la decisión de las administraciones públicas.

La quiebra de las familias, de los amigos, de las costumbres y tradiciones, el olvido de una cultura popular que daba seguridad y pertenencia, la deshumanización del patrimonio comunal y las tierras privadas en las que quedó reflejado el sacrificio de nuestra estirpe, la ruina del patrimonio civil, religioso, etnográfico... son el trasunto de esta propuesta literaria. Un diálogo novelado que pretende reflejar el olvido ignominioso del acervo rural, frente a la fragilidad en la que ha devenido esta «modernidad» que se ha impuesto.

La pesadumbre que causa en los personajes traer al recuerdo aquellos años en los que todo pareció juntarse: El desentendimiento de las instituciones, la ruina del patrimonio religioso, la desbandada de los jóvenes en busca de oportunidades en Europa, el País Vasco, las ciudades emergentes del litoral, Cataluña, Madrid... provoca un redivivo de experiencias amargas que son el yunque donde el martillo pilón de esa época fue moldeando el mantra de que los pueblos no tenían futuro ni lo tendrían nunca, dicho de otra forma, que los re-

cursos invertidos en el rural eran dinero perdido. Después, todo vendría rodado.

Y volvieron los emigrantes con dinero fresco, los turistas, la prensa libre, la imagen de playas repletas de bañistas, la democracia, las libertades, la entrada en la Unión Europea, las grandes infraestructuras, la política agraria común, el acceso de los jóvenes a la educación y la cultura, la universalización de servicios básicos... Todo estaba cambiando muy deprisa en España, pero los pueblos, huérfanos y sin nadie que los defendieran, fueron meros espectadores de esa histórica mudanza. Esa es la cuestión.

El autor

«A tu tierra, grulla, aunque sea con una pata», solía decir mi padre desafiando la mirada inquieta de su mujer. Y no podrá decirse que Teófilo Ramírez era una persona inconsecuente porque, contra viento y marea, se mantuvo toda la vida en sus trece. En la comarca era conocido por el diminutivo de Teo o, sencillamente, por Teo *el de San Román*.

Papá siempre fue un hombre servicial, honrado, serio en el trato, trabajador y muy comprometido con la intimidad de la familia. Hoy, después de todo lo que nos ha pasado, lo recuerdo respondiendo tajante a las peticiones de mi madre, ferviente valedora de esa idea tan extendida de que comprando un piso en la ciudad podrían afrontar la vejez en mejores condiciones.

«¡Que no me insistan más con ese tema! Antes y ahora nuestro sitio ha sido este pueblo: aquí nacimos y, si Dios quiere, aquí nos quedaremos».

Ahora, cuando vuelvo al pueblo y hablo con los pocos vecinos que resisten en él, me resulta muy difícil encontrar palabras y argumentos frente a la desesperanza que manifiestan por su futuro. Siento una angustia en el pecho que se extiende con la eficacia de las malas hierbas en la tierra fértil, que diría el abuelo, y me viene a la cabeza aquel razonamiento tan refinado como incansable al desaliento que circulaba por la

celebérrima radio macuto, que mi madre concretaba en una frase terrible: «Aquí ya no queda nada que merezca la pena, hijos míos, y todo el dinero que se invierta en el pueblo son cuartos tirados por el río abajo».

De ser cierto aquello, y parece que el tiempo le viene dando la razón, supone la constatación dolorosa e hiriente de una renuncia expresa a las propias raíces que nos deben sostener en pie. Es más, brindarse al sacrificio sublime de tener que desprenderse de los hijos, el tesoro más valioso que tienen las familias, para que se buscasen una vida mejor en otra parte. Sin ninguna duda, una enmienda a la totalidad de la sabiduría y la cultura tradicional de quienes nos precedieron en estas tierras.

Resulta inevitable meditar sobre ello en estas soledades, pero siento que me he acostumbrado y que la realidad con la que vengo a encontrarme cada fin de semana ya no es algo cruel ni siquiera novedoso. Lamentablemente, es la constatación más rotunda de aquella premonición de Eloína Cordero y el triste resultado de un economicismo suicida que practican todas las administraciones de este país. Un decaimiento personal e intelectual que, se quiera o no admitir, se ha instalado en el rural como la piedra angular de la bóveda que cobija todos los fenómenos sociales que trae consigo la despoblación.

No creo que sea solo una opinión mía, al contrario, estoy convencida de que es algo ampliamente compartido por la sociedad. En mi caso, además, se apoya en una dilatada experiencia pedagógica con jóvenes de ciudad, en el contacto con profesionales de la restauración artística, en estudios de historia y geografía humana, en conclusiones de foros y simposios que buscan frenar este proceso, e incluso en la decepción de haber participado en fallidas iniciativas de repoblamiento. He

constatado que muchas veces se redactan programas económicos obviando la desmemoria que se apoya en el señuelo de grandes proyectos de inversión, en la práctica de engordar vanidades, en la corrupción política o, en el mejor de los casos, en pretendidas exigencias europeas.

Reconozco, no obstante, que también hay intelectuales que se afanan en justificar este modelo de desarrollo asimétrico. Hablan del fracaso estrepitoso de la autarquía que impuso la dictadura, de la no intervención institucional, de una posible «reindustrialización» de regiones enteras, del turismo rural... En fin, sigo pensando que todo eso es simple y llanamente una quimera que busca pasar una página de nuestra historia que no se ha sido leída de un modo correcto.

Sea como sea, el caso es que nadie quiere poner el dedo en la llaga de unas políticas absolutamente erráticas que, lejos de corregir la despoblación que padecen grandes áreas del interior, siguen ahondando en los problemas estructurales de las grandes ciudades, de las zonas costeras, o de las grandes con-urbanizaciones industriales de este país.

No lo sé con certeza, pero creo que a poco que se escarbe en esos mensajes de una España del bienestar o de una economía boyante, aflora enseguida ese sentimiento atávico que apela a esa otra historia de sinsabores y penalidades sufridos en los territorios de interior. Algo que está profundamente interiorizado en la gente, y que pudiera concretarse en una sensación de miedo al negro futuro que espera a nuestros pueblos que, de alguna manera, vendría a justificar cualquier huida hacia adelante.

Tienen razón quienes afirman que en solo unas décadas hemos entrado en un nivel de abandono de difícil retorno, pero esa no es solo la cuestión. La auténtica desbandada mi-

gratoria que hemos vivido traerá consigo la deshumanización de valiosos paisajes rurales, el descontrol de la fauna y la ruina o desaparición de cientos de localidades con memoria y con historia.

Este fenómeno poblacional tan drástico no parece que, al menos en un primer momento, afecte sustancialmente a las cabeceras de comarca, pero no tardará mucho tiempo en que esa ruina de los pueblos las arrastre, e incluso a muchas pequeñas capitales de provincia. Entre tanto —como apuntaba— vemos su contrapunto en las grandes ciudades y las zonas turísticas que se muestran incapaces de resolver los problemas derivados de la falta de viviendas, de ofrecer trabajo y sueldos dignos, o de garantizar una movilidad eficiente y sostenible.

Releyendo las páginas de este libreto pienso que son ideas que podrían compartir plenamente los vecinos de cualquier pueblo de la España abandonada, pero también la inmensa mayoría de una sociedad que no ve razonable la deriva demográfica en la que se ha instalado este país.

Por eso me emocionaba el punto de optimismo, casi infantil, que reflejaba la imagen que tanto le gusta a mi padre:

«Siempre, hija mía, hay que dejarle una salida al gato para que no se revuelva».

Pobre papá, la política de hoy en día no está para esas finezas y, la verdad sea dicha, en estos páramos apenas queda nadie capaz de revolverse contra nada ni contra nadie. Resulta obvio que en el inmenso territorio rural se impone la resignación y un espíritu insufrible de tolerancia a las pérdidas que jamás soportaría una población guiada por el empuje vital de la juventud.

Y cuánta razón tenía mi madre al decirle aquello de «no le des más vueltas, marido mío», que tanta gracia me hacía entonces.

«Todos sabemos que, si los asuntos no van bien en el salón de la casa, no pueden ir mejor en el corral».

Mi padre y mi madre no hicieron otra cosa que seguir la inercia de otras muchas familias. Se imponía alentar en los hijos la idea de que había que estudiar o espabilarse en algún oficio que les permitiera buscarse, lejos del pueblo, la vida que aquí no encontrarían, y sencillamente, eso fue lo que hicieron. Esa y no otra es la verdad descarnada que asumieron los jóvenes de mi generación, y de los hermanos más pequeños que siguieron su camino: coger la maleta, marcharse del pueblo y que el agua siguiera su curso.

Eloína Cordero, todo inteligencia práctica y mirada larga, siempre lo tuvo claro. Y parece que la estoy viendo sentada en el escaño de la cocina, justo debajo de su querida radio, diciéndonos a mi hermano y a mí:

«Vuestro padre y yo hemos hecho la vida aquí y no podemos quejarnos, aquí hemos sido felices y pudimos criarnos sin que pasaran grandes necesidades, pero ahora eso ya no es suficiente y se necesitan muchas más cosas para sacar adelante una familia, algo que aquí no podrán encontrar. Para empezar, dudo mucho que en estos pueblos puedan encontrar la pareja y la tolerancia social que necesitan los jóvenes para fundar un hogar como Dios manda. Tú, Eloy, nunca quisiste ir a la universidad —le decía a mi hermano—, pero eres un chico trabajador y en la ciudad encontrarás la senda que te permita vivir con dignidad. Además, no todos tienen que estudiar. Andrea es muy distinta a ti en todo, y además como siempre anda al rabo de su padre, le ha metido en la cabeza esas fantasías de luchar por esto nuestro que ya se nos cae a pedazos y... no sé qué decir. Nunca se lo censuré, pero si consigue acabar esos estudios de arte que tanto le gustan, podrá hacerlo desde una

altura de miras que ni vuestro padre ni ninguno de nosotros hemos tenido».

En aquella época, como es lógico, yo me limitaba a escuchar. Mi madre era la mujer más lista que yo podía imaginar, y además intuía que sabía de mí mucho más de lo que nunca dijo. Ahora pienso que adivinaba mis inclinaciones futuras más que yo misma. Siempre me pareció que hacía de menos a mi padre cuando veía el desconcierto que le causaban aquellos largos silencios que administraba con aquella maestría, y esa falsa discreción con la que disfrazaba una evidencia que todos sabíamos: que en nuestra casa se imponía siempre su criterio y no el de mi padre.

Más tarde comprendí que esa impresión no era un comportamiento solo de mi madre, si no la actitud interiorizada por muchas mujeres del rural. Además, con el tiempo comprobé que en esa postura no había dominación ni cosa que se le parezca, si no que mis padres se relacionaban con esos códigos que, correctos o no, ellos aceptaban con naturalidad. Lo cierto es que jamás los vi discutiendo ni aireando sus diferencias que, como es natural, seguro que las tendrían.

«Se quiera o no reconocer, siempre tuvimos las ideas muy claras en lo que respecta al destino que le espera a este pueblo, y seguramente a todos los demás —seguía diciéndonos—. A mí no me duelen prendas al reconocerlo, pero a vuestro padre le cuesta horrores y os dirá que esto o que lo otro para evitar tener que asumir una realidad que tanto le manca. Pero una cosa es eso y otra lo que podáis oír en la calle, porque no es verdad que él estuviese de acuerdo con el proceder de aquel cura insurrecto que nos vendió todo lo que la Iglesia tenía de valor en la parroquia. Él hizo lo que pudo, pero eran tiempos en los que el viento siempre soplaba del mismo lado y cuando

es así, es una bobada tratar de aventar el trigo en contra del aire, porque toda la paja te vendrá a la cara. No voy a decir que Teo se opusiera a tales despropósitos, pero tampoco lo hizo nadie con más responsabilidad y conocimientos que él. Ahora lo más cómodo es maldecir por lo mal que se han hecho las cosas, empezando por esas santurronas que eran las camareras de la Virgen, siguiendo por el abad y la abadesa de las cofradías, los maestros, el médico... Ahora ya es demasiado tarde para lamentarse. Los miembros del Concejo y los que entonces andaban cerca del corro, también se amonaron por el miedo a lo que pudiera saber el cura y al qué dirán de la gente. Por unas cosas u otras, en aquellos años las desgracias nos venían a ver con frecuencia, hijos míos, y con una fuerza que jamás podríamos detener con nuestros medios».

Dicen mis colegas de Psicología que en la soledad trabajan a gusto los recuerdos, y así debe de ser. En la casa del pueblo, que se me hacía inmensa si la comparaba con mi coqueto ático de Valladolid, casi sin quererlo, me asaltaba la morriña de unas vivencias que volvían felices: los juegos en la plaza y en el río, las vacaciones del instituto y de la universidad, las fiestas de los pueblos cercanos, el sobresalto que sentía cuando se me acercaba algún chico demasiado, el placer de pasear con mi amiga Amelia por las choperas del plantío, los abrazos inocentes y aquel primer beso furtivo en la boca que nos asustó a las dos e hizo que saliéramos de la espesura cogidas de la mano en silencio... Era tiempos y experiencias que tuve arrinconadas en la memoria, pero que ahora volvían con fuerza sin apenas llamarlas en este deambular obligado por el encargo de papá.

A pesar de todo, era hermoso pasear por las ruinas del cenobio franciscano, por los últimos vestigios de la casona de

labranza en la que trabajaban frailes y legos, por el santuario de la Virgen del Valle, asomarme a la memoria de los acontecimientos personales de la gente desde la puerta desvencijada y abierta de la antigua iglesia parroquial, a la pedrera lastimosa en lo que se convirtió la ermita de Santa Bárbara... Hermoso sí, pero también muy doloroso el ver cómo ese orgulloso caserío que me vio nacer y crecer se mantenía en una suerte de duermevela, como esperando un golpe de fortuna que lo cambiase todo de la noche a la mañana.

La prensa provincial, condicionada por los politicastros de turno y la publicidad otorgada por empresarios expertos en libar subvenciones, alentaba la posibilidad de levantar un inmenso polo industrial al socaire del nudo de comunicaciones generado por las nuevas autopistas. En realidad, deseos e ilusiones que venían a confluir en los síntomas de un falso embarazo económico. La recalificación como suelo industrial de millones de metros cuadrados de terreno rústico, la quimera de miles de puestos de trabajo o la llegada de gente joven con formación e impulso, capaces de iniciar la repoblación de aquellos municipios se fueron convirtiendo poco a poco en meros ofrecimientos vacuos. Es posible que durante un tiempo alentasen el espejismo de nuevas dinámicas económicas y de población que trajesen futuro a esta comarca venida a menos, pero ese sueño se oscureció cuando empezó a clarear el día.

Las únicas realidades eran que apenas vivían medio centenar de personas de continuo en el pueblo, que la inmensa mayoría eran jubilados y que, un año más, pasaría en soledad las fiestas de Navidad. Sola y en un caserón donde antaño sonaron villancicos para disfrute de toda mi familia, a cuya recio portón de entrada llegaba la chiquillería para pedirle el agui-

naldo a la abuela Mariana y a mi madre después, claro está, de cantar un voluntarioso y desafinado ruchabel. Ahora todo era silencio en la casa familiar, en el barrio de abajo, y lamentablemente en el pueblo entero. Solo mi posición económica permitía mantener la prestancia que tuvo el taller y la vivienda de los Ramírez, el resto de los edificios de la localidad eran un quiero y no puedo de lo que fueron.

Lejos quedaban las misas del Gallo con el templo parroquial lleno hasta el portal, el tráfago de gente por la Plaza Mayor en las tardes de Año Nuevo, el puesto de castañas asadas de la señora Aurelia, el bullicio en el salón de baile del señor Florián, las portaladas impolutas en la noche víspera de Reyes como esperando visita, el alborozo de los más pequeños con los juguetes recién cobrados, el desfilar de las niñas con muñecas nuevas, las ruidosas batallas con pistolas y escopetas de mixto, el paseo de las muchachas en edad de merecer tontean-do con los mozos... y todos estrenando ropa y esperanzas para el nuevo año que daba comienzo.

De todos modos, he de reconocer que nunca fui una chica de mucha fiesta, al contrario, todo aquel barullo lejos de ilusionarme me entristecía y agobiaba profundamente. Mi madre, desesperada, subía a la habitación que teníamos en el doble y se encaraba conmigo, casi gritándome:

«Andreíta, hija, ¡mira que te tiene! Hasta en esto has salido diferente a las demás chicas. Estamos en fechas para disfrutar con la familia, pero también con el resto de la gente y no para estar todo el santo día en casa enfurruñada, leyendo libros, escuchando música o viendo la televisión».

Ahora, treinta y cinco años después, recuerdo con una sonrisa a las comadres que me adjudicaban a este o aquel pretendiente, pero todo era mentira. Hubo algún intento, es verdad,

pero enseguida comprendí que aquello de ennoviarme con chicos no iba conmigo. Y mientras, las maestras del cotilleo, desesperadas, insistían en inventarse cosas diciendo que si la chica de Eloína les daba miedo a los mozos, que no se acercaban a mí porque era más lista y sabía más que ellos, que si esto que si lo otro. La verdad es que esa falta de interés por el otro sexo continuó en el instituto, en la universidad... Años después terminé por asumir que me atraía mucho más la sensibilidad de algunas mujeres que la estética viril de los hombres y que, en todo caso, a mis casi cincuenta años, seguía siendo una mujer felizmente soltera.

A pesar de la nostalgia y la pena de ver el inexorable declive de mi pueblo, de ver las viejas infraestructuras comunitarias y aún las de titularidad privada arruinadas, de sufrir aquella soledad agresiva que lo rodeaba todo, seguía viniendo a este lugar siempre que podía. En mi fuero interno, lo sentía como algo balsámico e imprescindible para mi equilibrio emocional. Supongo que eso mismo sentirían de su entorno particular todos aquellos que tuviesen sus raíces en el mundo rural.

Sentada en el salón de casa y en completa oscuridad, quizás en un ejercicio peligrosamente cercano al masoquismo, iba recorriendo mentalmente las calles del pueblo deteniéndome en las edificaciones singulares o más queridas por mí. Las imaginaba llenas de vida y al servicio de los afanes cotidianos de sus antiguos dueños, para luego, en una pirueta imaginaria devolverlas a su estado real: destronadas, con las ventanas y el balcón batiendo a merced de los aires, la maleza invadiendo el corral, la cuadra de las caballerías y la pocilga de los cerdos con el tejado hundido, los corredores abiertos a sol poniente manteniendo un difícil equilibrio entre el entablado carcomido y la dignidad de los pies derechos... Disfrutaba observando

los insectos, las lagartijas tendidas al sol en claros del empedrado, las culebras, el trinar de los entrañables gorriones, el ir y venir de las golondrinas a los nidos del alero, los vencejos colarse por grietas imposibles, el voluminoso nido de las carboneras dando provecho a cualquier repisa, el piar monocorde de las trigueras, el escándalo de los tordos en la higuera que había logrado total libertad de crecimiento... El poder de imaginar que tienen las personas es capaz de producir una felicidad indescriptible, pero no quería engañarme. A pesar de esos escorzos fruto exclusivo de la imaginación, resultaba desolador que todo aquel ecosistema floreciese al calor de tantas y tantas estirpes hoy desaparecidas de aquellas calles o, mejor dicho, de la ruina de gente que se vio obligada a venderlo todo en almoneda para emigrar en busca de una vida con dignidad. Y se me hacía un nudo en la garganta solo de pensar que a la vuelta de unos pocos años, el orgullo de nuestra casa familiar también correría la misma suerte.

No podía evitarlo, a mi edad y con todo el bagaje de conocimiento adquirido, me asaltaba el mismo pálpito de rebeldía que siempre tuvo mi padre. La modernización de los trabajos del campo, y cualquier iniciativa que surgía en estos pueblos, llegaba tarde a casi todo: a las políticas de protección, a la maquinización, a una consideración justa del valor cultural de los pueblos, a esas eco-aldeas que defendían algunos de mis colegas de manera bienintencionada, al idealismo cuasi-romántico de repoblar los caseríos abandonados, a la presión infructuosa de los colectivos sociopolíticos que se organizaban en los municipios y provincias más castigadas.

Era plenamente consciente de que, al menos en parte, el activismo y la intelectualidad se ocupaban de esta situación, pero también de que los pueblos y el inmenso acervo que

atesoraba el rural jamás podrá salvarse sin la plena implicación de la gente, y a ese barro se bajaban muy pocos, demasiado pocos, tanto dentro como fuera.

Con esto no quiero discutir ni restar valor ni seriedad a los estudios o propuestas que buscan revertir la postración que padece la España abandonada. Al contrario, considero que todo eso está muy bien, pero otra cosa es arremangarse y poner toda la carne en el asador para exigir que las instituciones regulen, de una vez por todas, la urgente discriminación positiva que haga viables las políticas públicas en el medio rural. A mi juicio, la única garantía razonable y solvente capaz de revertir la situación que padece el páramo en lo que se ha convertido el interior peninsular más allá de algunas ciudades.

Y no deja de ser curioso los afanes de la sociedad más urbana y los medios de comunicación para conocer lo que ocurre en cualquier parte del mundo con total inmediatez, la alarma que provoca la voracidad de un incendio, la destrucción de un volcán o un terremoto en la otra punta del mundo, las dramáticas consecuencias de una guerra, las cuitas entre los miembros del gobierno, la separación o reconciliación de personajes famosos... unas cuestiones que engordan inusitadamente el interés mediático y las ponen de rabiosa actualidad. Sin embargo, nadie se plantea elevar a categoría de noticia de interés social el intento de rescatar las viejas facenderas, la solidaridad o cooperación entre pueblos vecinos, hacer razón de Estado el abandono de los campos, el conocimiento de las viejas técnicas agrícolas y ganaderas, de los utensilios, de las fiestas y tradiciones, o del fabuloso patrimonio artístico y arquitectónico que agoniza en los pueblos en claro riesgo de desaparición.

Da igual que fuese el griego Epicteto o el filósofo Nietzsche quien lo dijese, la realidad es que también en esto querer

es poder. Yo siempre oí en casa que para encender el horno y cocer la masa todo el año de Dios, era necesario arrecadar las vides de los bacillares, arrancar los árboles secos o dañados, olivar cada cierto tiempo las encinas, retirar la leña caída de los plantíos, aprovechar las tomillas y los cardos de las tierras comunales... Quizás por eso algunos entendemos mejor el origen de muchos problemas medioambientales. Había menos incendios porque el pastoreo y la necesidad limpiaba los campos, nadie pensaba en una lista roja de edificios en trance de desaparición porque estaban en uso y la gente los cuidaba, y desde luego jamás hubo tanta controversia con el tratamiento y el bienestar de los animales de trabajo, domésticos o de producción hasta que llegó esta euforia animalista de salón.

La trágica sacudida emocional que nos trajo la epidemia de la Covid-19, hizo reflexionar a mucha gente sobre el poco sentido que tiene vivir en una granja humana si existe una salida razonable. A ver, a nadie se le escapa que resulta difícil emprender en el rural, teletrabajar demasiado lejos de la fábrica, implementar aquí puestos de trabajo o viviendas de iniciativa pública... pero lo único cierto es que el ciclo poblacional en el que estamos empieza a dar numerosas muestras de fatiga, y lo sensato sería pensar en cómo repararlo. Por suerte o por desgracia, la solución no puede ser, como ocurrió en otras épocas, pedir a la gente que coja la maleta y emigre a la ciudad o a otro país. En este contexto, la inmensidad de nuestro territorio rural, con todas sus carencias, se erige como esa única salida razonable.

Y no parece que sea una simple percepción, sino una necesidad social que pueda ser aplazada demasiado tiempo. Es posible que haya que implementar nuevos modelos de prestación de servicios, incentivar otras formas de relacionarse, el despliegue

urgente de fibra óptica de gran capacidad, más apoyo institucional a las industrias de proximidad, mejorar las comunicaciones entre los pueblos, poner en valor el emprendimiento local, dar paso a la feminización de los trabajos, dotar de mayor eficacia a la distribución de productos con sello de calidad, la rehabilitación del parque de viviendas rurales, la autoconstrucción, desdramatizar el abandono de las comodidades que ofrecen las ciudades... No lo sé, pero algo habrá que hacer.

Soy una persona radicalmente optimista y tiendo a pensar que la sociedad siempre va un paso por delante de las instituciones, lo cierto es que mucha gente empieza a despojarse de esos planteamientos atávicos que nos han traído hasta aquí. Y la juventud, siempre más arriscada, comienza a poner en valor otros modelos de vida más sostenibles, a entender la evidencia del cambio climático y sus consecuencias, lo saludable de vivir en el rural... Sin embargo, otras veces pienso que, aunque la realidad no es ciega como tendría que ser justicia, ha de reconocerse que aún hay muchas cuestiones que dificultan ese paso de gigante que supondría volver a colonizar los pueblos y sus territorios.

Si bien es cierto que en este país se han hecho progresos, todavía queda mucho camino para alcanzar el bienestar que he percibido en mis viajes por la ruralidad de Francia, de los Países Bajos o de Alemania... Allí la gente opta o no por formar familia en los pueblos pequeños, sin que ello suponga tanto menoscabo para los padres y para los niños, como el que se impone en las poblaciones de interior de esta España nuestra. En todo caso, quiero creer que sea por motivos electorales o porque algunos sectores sociales influyentes se han caído del caballo, comienza a vislumbrarse la posibilidad de abrir un tiempo nuevo para muchos territorios.

Sea por esnobismo cultural o por convencimiento, es una evidencia que cada vez cotiza más alto la necesidad de dar valor al patrimonio artístico y monumental desperdigado por los pueblos y caseríos, a los valores paisajísticos y naturales, a la riqueza etnográfica, al turismo de interior... Cada vez extraña menos que fluya la inversión para hacer viables los pequeños hoteles, las casas rurales, las rutas de enología, las vías verdes, las sendas tradicionales, las granjas escuelas, o las explotaciones sostenibles que, todo unido, aunque tímidamente comienzan a poner las bases para traer nuevos pobladores y fijar familias en estos entornos.

Quizás sea deformación profesional, pero la hiriente mofa social sobre una octogenaria que sintió la necesidad de coger un pincel para tratar de salvar un fresco o algunos cuadros de su querida iglesia parroquial, nos de la medida del problema. Y no, no creo que sea la queja de una especialista en la materia, más bien es el drama y la constatación palmaria de que el vaciamiento de estos territorios ha dejado un patrimonio cultural inmenso al cuidado de unas pocas personas bienintencionadas, pero sin los conocimientos ni capacidad para mantenerlos en condiciones de que puedan ser transmitidos a las futuras generaciones.

Esa chufra insana y culpable de tanta gente, no puede enmascarar el grave problema que tenemos en lo alto de la mesa. Y no me duelen prendas al decir que, cuando menos, resulta mezquino que una sociedad que se proclama moderna y culta siga permitiendo que los medios de comunicación den ese trato denigrante a tantas Cecílias que, con todos sus errores, sostienen una herencia que nos pertenece a todos. Y que, además, lo hacen sin asesoramiento técnico ni apoyo institucional de ningún tipo, únicamente al socaire de humildes templos

parroquiales o de pequeños ayuntamientos sin recursos, desbordados por las urgencias que le imponen unas instituciones totalmente ajenas a su realidad.